

AÑO XXI.—NÚM. 6120

4 DE NOVIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 4 de Noviembre de 1881.

ECOS DE MADRID.

—0—

3 de Noviembre de 1881.

En los primeros días del mes, hemos rendido todos un tributo piadoso á la memoria de los seres queridos que duermen el eterno sueño, hemos rezado por su alma, y lo que es más, hemos rendido también homenaje á la moda y al lujo, llevando al cementerio con nuestro amor, un poco de vanidad.

Esta es la vida, esta la costumbre, estas las debilidades humanas.

El consuelo es una necesidad del alma de las más apremiantes; debemos consolar y consolamos cuando no nos consuelan, y el mejor modo de curar un dolor es distraerlo.

Pero la piadosa costumbre á que me refiero dá lugar á escenas anteriores y posteriores, que merecen si quiera los honores del boceto.

Trasládese el lector conmigo á la tienda de un bazar de flores artificiales, en uno de los últimos días de octubre.

—¿Ha venido el cartero? pregunta el dueño de la tienda á su cara mitad.

—Sí... hace un rato.

—¿Y ha habido carta?

—Nueve.

—¿Del extranjero?

—No.

—¿Está segura?

—Segurísima: he visto los sellos con el mayor cuidado.

—¡Oh! ¡desesperación!... decididamente me persigue la desgracia.

—Pero ¿que tienes?

—Calla mujer, no me hables... no ves que estoy furioso.

El florista se pasea con impaciencia, y su mujer, que le conoce, sin interrumpirle, le permite desahogarse con el siguiente monólogo.

—Y no hay duda, el fabricante me ha escrito, cómo había de dejarme un hombre tan formal en los años del toro! El pedido fué en regla. Doce docenas de coronas con avalorios, bien surtidas, para padres, esposos, hijos, hermanos, amigos... dos docenas de todos tamaños, y luego una porción de materiales para fabricar en casa las menos caras. Me anuncia la salida del género, me dice que el día siguiente enviará el talon, pasan tres días y nada... Estos correos son lo más inútil... ¡Qué país este! Y entretanto me llueven pedidos de provincias; mis corresponsales quieren coronas de siempre vivas, de terciopelo, de avalorio, con medallón y sin él; podría hacer un magnífico negocio vendiendo este año hasta los últimos residuos de los an-

teriores: tal vez habrá llegado el cajón á la estación; pero sin el talon...

Esto es horrible! ¿Cómo en tres días suponiendo que mañana quedasen los cajones en casa, como en tan corto tiempo, desembalo, preparo, envío á provincias?... Va á ser esto una ruina...! Estas cosas en pasando la oportunidad! Y si durase la moda, del mal el menos; pero quien sabe las coronas fúnebres que se usarán el año que viene.

¡Cuando digo que la administración está montada de un modo... Veamos estas cartas... ¿No lo dije? son pedidos. Esta no es para mí: para que veas lo que son los carteros; todo lo hacen de prisa, me han dejado una carta que viene dirigida al vecino del segundo.

—Y al amo le han dejado otra que es para V., dice una criada que acaba de llegar y ha oído las últimas palabras del florista.

—¿Otra carta? ¿á ver? ¡Oh felicidad! Toma muchacha dile á tu amo que por poco la abro ¿No te decía yo, mujer, que el fabricante había escrito? Y envía el talon; los cajones han venido por gran velocidad; voy... voy.

—Pero hombre, almuerza.

—No es posible... el negocio es lo primero; adios, adios.

—¿Llevas pañuelo?

—Sí.

—¿La petaca?

—También: adios adios. Of... Pare, mentira que den tanto que hacer los muertos!

Pasemos de un brinco á la mañana del día de todos los Santos.

—Vengo sofocada dice una señora de 30 á 40 años, entrando con una niña en una habitación modesta donde está un hombre de su edad, sobre poco más ó menos.

Mientras se quita la mantilla prosigue:

—No puedes imaginarte lo que he andado: la calle de la Montera, la de Carretas, la Carrera de San Gerónimo; no he dejado ni una sola tienda por registrar; pero amigo, este año las coronas son caras y de muy poco gusto; aquí tienes lo que he encontrado.

Y saca de un pañuelo una corona fúnebre con medallón detrás y dos cipresitos en tiestos microscópicos.

—Mira papá dice la niña con la mejor buena fé, para ti no traemos; no hemos hallado ninguna que diga: A mi querida esposa.

—Bien, dejarlas por ahí, dice el hombre algo conmovido.

—Oiga V., Juan, añade la señora dirigiéndose á un criado; V. se vá ahora mismo al cementerio y lo coloca V. todo delante de la lápida como yo le diga.

En medio la cruz, las lamparitas á los lados, los cipreses al lado de

las lamparitas y las coronas arriba.

Poco despues pide el almuerzo y mientras se lo sirven, esclama sollozando:

—¡Pobre hermana mía! ¡Era una santa!

—¡Debilidades humanas!

No hay novelista capaz de inventar algo que sea superior á la realidad. El drama que se ha desarrollado en un hogar, terminando con dos muertes lo prueba.

Buena, robusta, sana, guapota, económica, era una mujer de cincuenta años que desde hace tiempo tenia en la calle de Santa Bárbara un despacho de leche. Vivian con ella una sobrina y el marido de ésta, trabajador y honrado el último. Los vecinos en vidaban la paz y el afecto que reinaban en aquella familia. Quedó viuda la dueña de la casa, la vió hace poco un Labrador de Torrejon de poca más edad que ella, se agradaron y concertaron su casamiento.

El martes muy temprano se verificó la boda con el mayor secreto y por la tarde la tía y la sobrina fueron á llevar una corona fúnebre al primer marido de aquella. El esposo de la sobrina estaba cavizbajo, tal vez veía frustradas sus esperanzas de heredar la casa á cuya prosperidad había contribuido; lo que pasó en su espíritu seignora. Lo que se sabe es que se oyeron dos detonaciones y que al entrar en la casa fué hallada la tía muerta, sentada en una silla y apoyada sobre una mesa y teniendo en la falda unos cuantos miles de reales en monedas y billetes y el sobrino muerto también de un tiro que se había disparado.

Hé ahí un bienestar y una felicidad que se eclipsan en un momento. Las vendedoras de una plazuela próxima se prometían dar una cenerrada á los recién casados y la broma se tornó en espanto.

Poco despues doblaban en todas las parroquias las campanas.

Casi al mismo tiempo veían los vecinos de la calle de Postas recorrer los tejados, una figura blanca.

—¡Es un alma en pena! murmuraban amedrantados.

Era un francés que habitaba en la posada del Peine y se había salido en paños menores á dar un paseo por los tejados.

A los que fueron en su busca les arrojó monedas.

¿Necesitaré añadir que era un pobre loco?

Dos inspiradas poesías ha publicado en un elegante folleto el poeta malagueño Salvador Rueda.

Con decir que le apadrina Nuñez de Arce, hago el mejor elogio de su inspiración.

Un prógimo entregó á otros dos 3000 reales, mediante un pagaré que le aseguraba 100 reales por cada hora que dicha cantidad permaneciera en poder de los timadores.

En 24 horas aspiraba á duplicar el capital y todavía ha tenido valor de quejarse y de decir que le han robado.

El pagaré demostraba además lo ilustrados que son los aficionados á lo ageno: lo firmaban nada menos que Ciceron y Aristóteles.

—Me suenan estos nombres! parece que decía la víctima.

JULIO NOMBELA.

NUESTRA COSECHA DE VINOS.

—0—

Las noticias que de los centros vinícolas se reciben, demuestran que la nueva campaña vinícola se presenta con un aspecto bastante satisfactorio para nuestros cosecheros.

La revista titulada «Los Vinos y los Aceites», que tiene corresponsales en todos los pueblos productores, dice que en la generalidad de los de Navarra, Valencia, Alicante y La Mancha, la cosecha ha sido abundantísima; buena en muchos de la Rioja, Aragon y Cataluña, y reducida á la mitad de la del año anterior en Castilla la Vieja.

En todas partes la calidad es excelente, habiendo empezado en grande escala los negocios sobre uvas, mostos y vinos nuevos á precios elevados. La demanda continúa, y tan pronto como cesen las oscilaciones exageradas de los precios se han de realizar muchas transacciones.

La vendimia en la Rioja ha dado resultados bastante desiguales. En algunos pueblos ha sido abundantísima, como nunca se vió, mientras que en otros los rendimientos han sido menores que los de los años regulares. La calidad es por todas partes excelente. Los negocios sobre uva se han verificado y siguen verificándose en gran escala, oscilando los precios entre 6 y 7'50 reales arroba.

En mostos se hacen también muchas operaciones, en Rodezno se han realizado 2.000 cántaras, de 2.000 á 3.000 han exportado los franceses desde Abalos, más de 4.500 cántaras se han despachado en Labastida, al paso que comisionados españoles y extranjeros hacen importantes compras en Castañares, Tirgo, Cuzcurrita, Fonzaletche, Orlauri, Cenicero, Alberite, Villamediana, Murillo del Rio Agoncillo y otros pueblos. Los precios á que estos mostos se pagan, varían, segun las localidades, desde 11 á 17 reales cántara, los tipos más corrientes son de 14 á 15 reales. En vinos añejos se hacen también algunas operaciones. En Haro se han despachado 3.000 cántaras á 23 reales, y unas 1.000 á 20 reales una. Otras